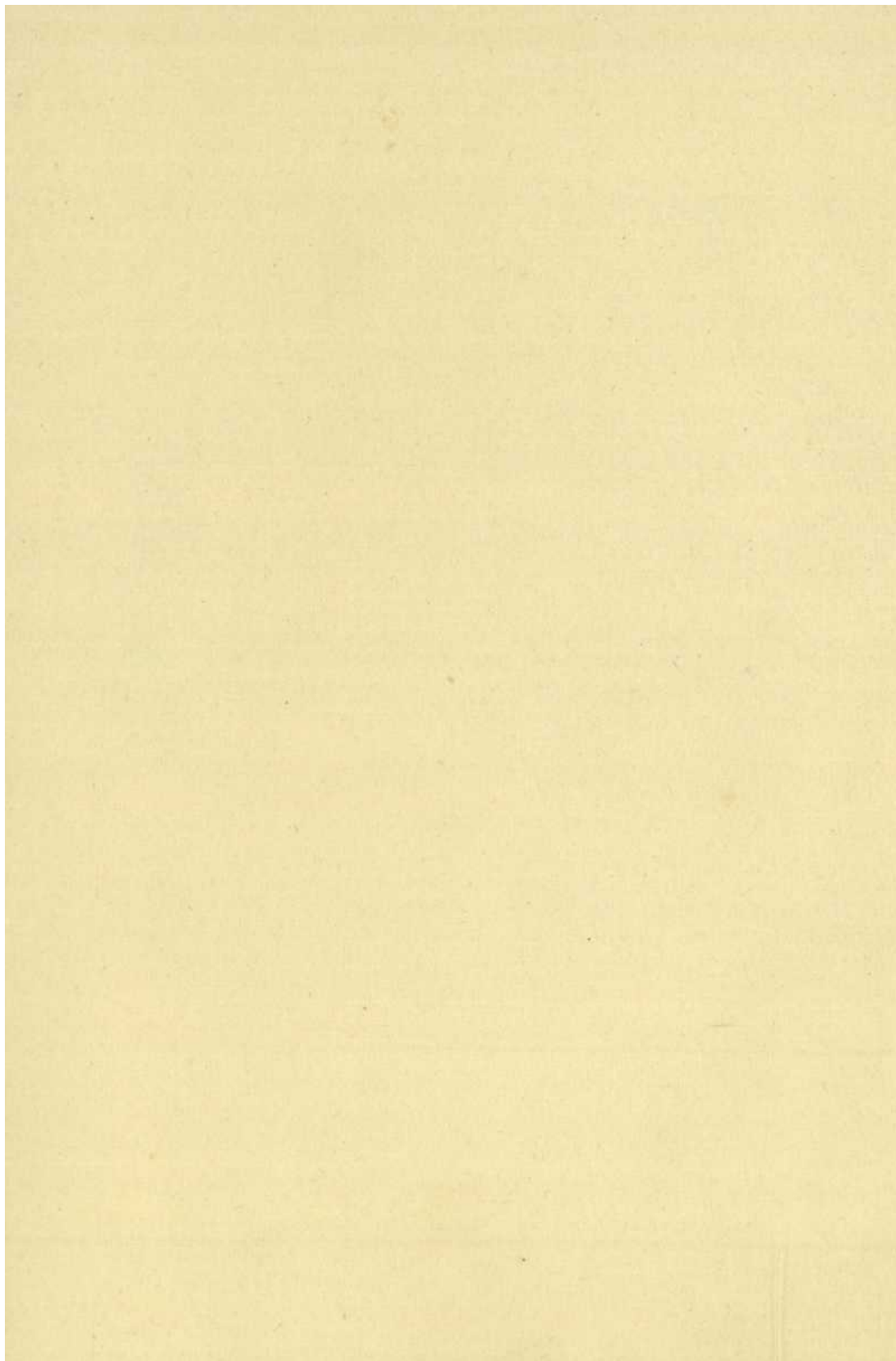
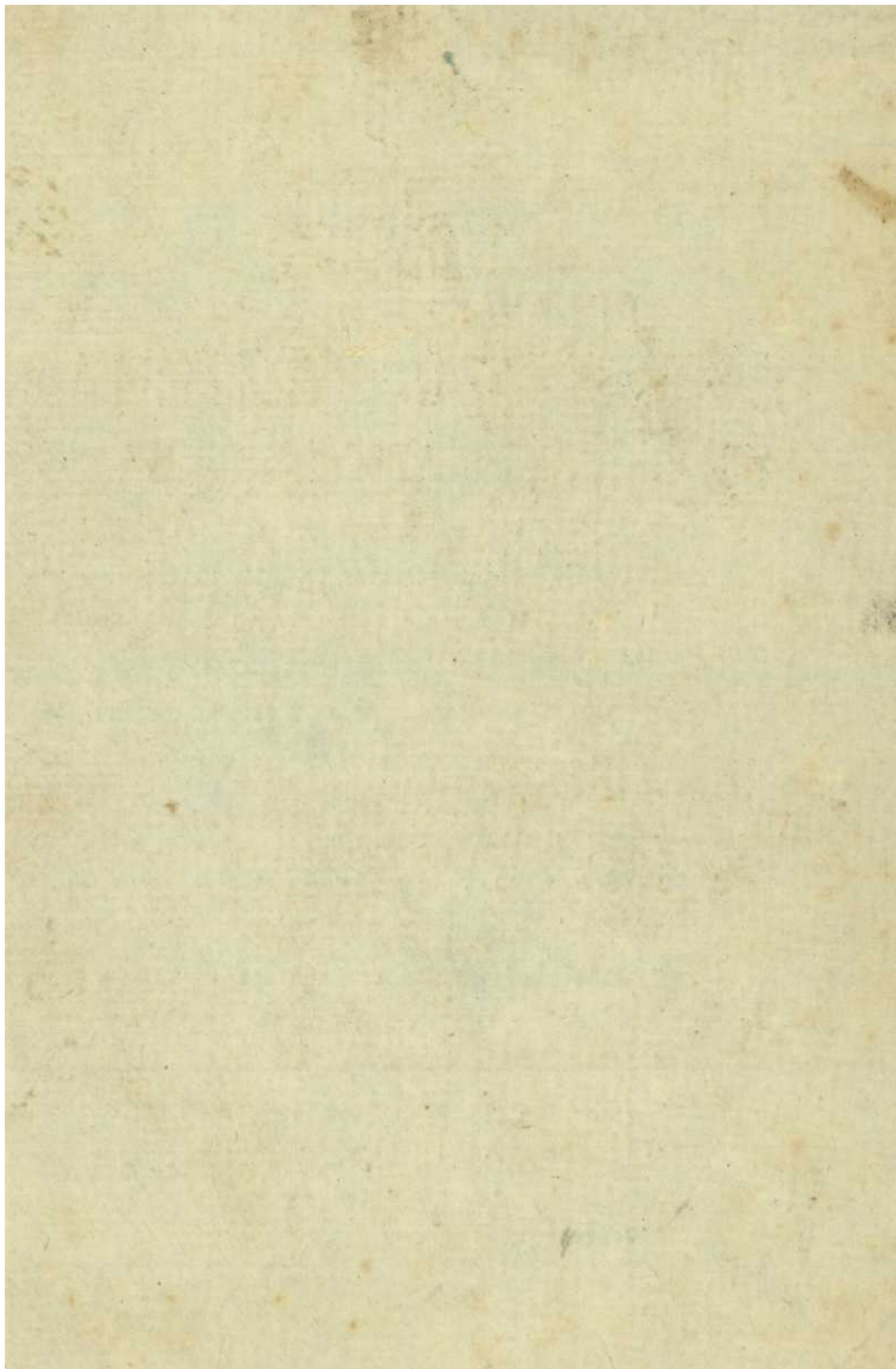
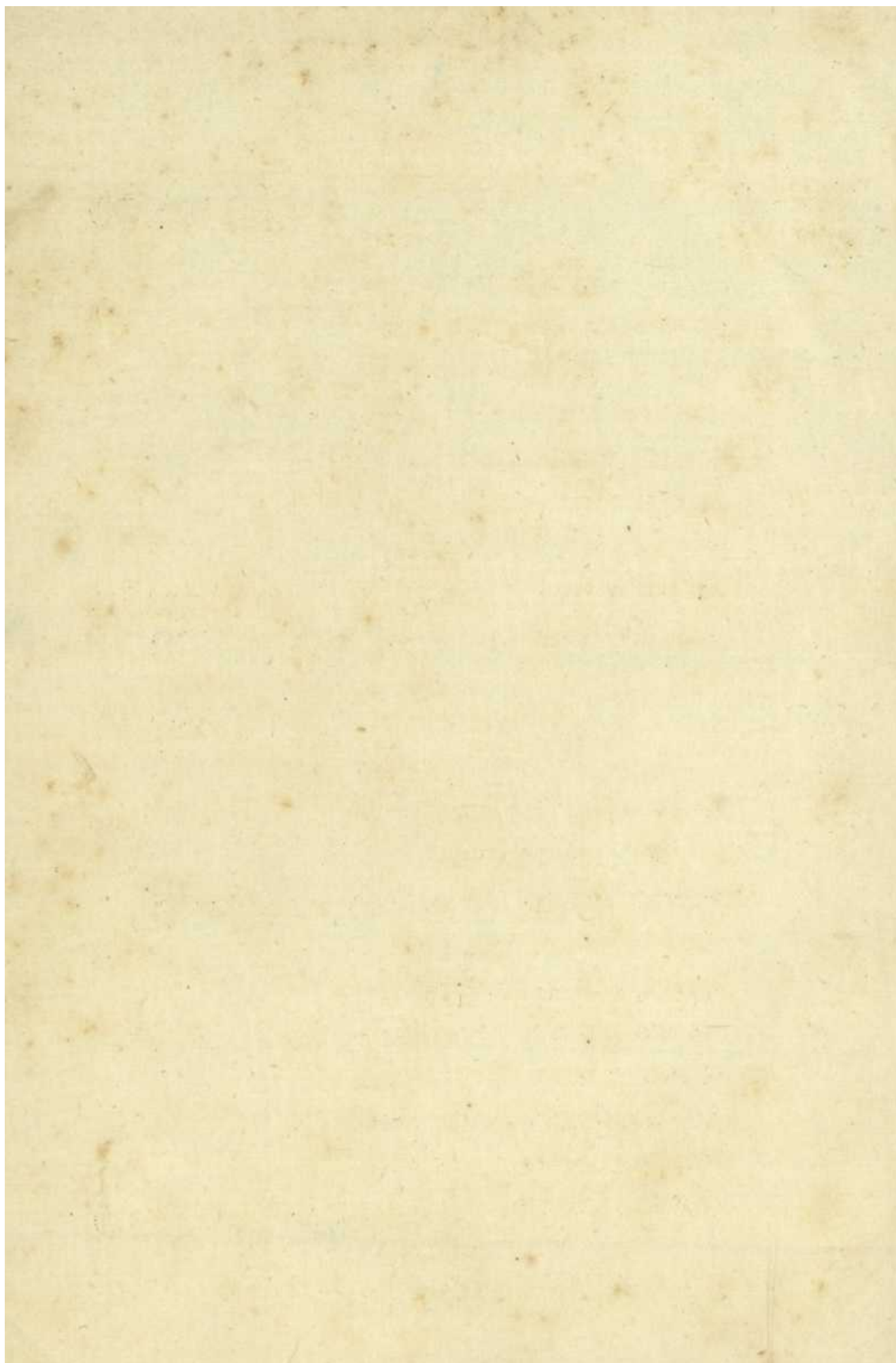


A.T.A.
488
1ª y 2ª edición









M-7192
R-3145

JAMAS LOS ROMANOS

CONQUISTARON

COMPLETAMENTE A LOS VASCONGADOS

Y NUNCA

ESTOS BELICOSOS PUEBLOS

FORMARON PARTE INTEGRANTE

DEL

IMPERIO DE LOS CESARES.

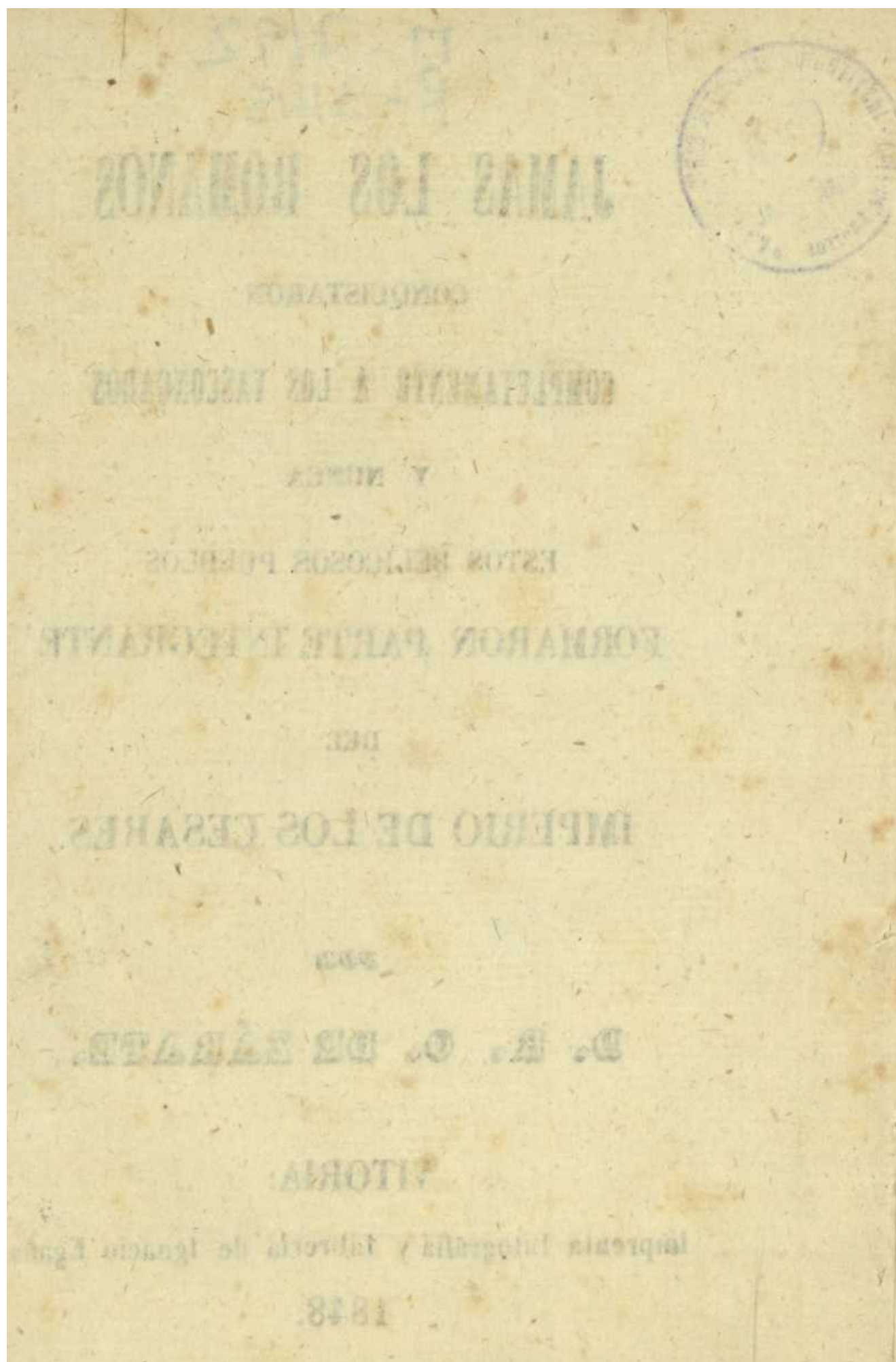
POR

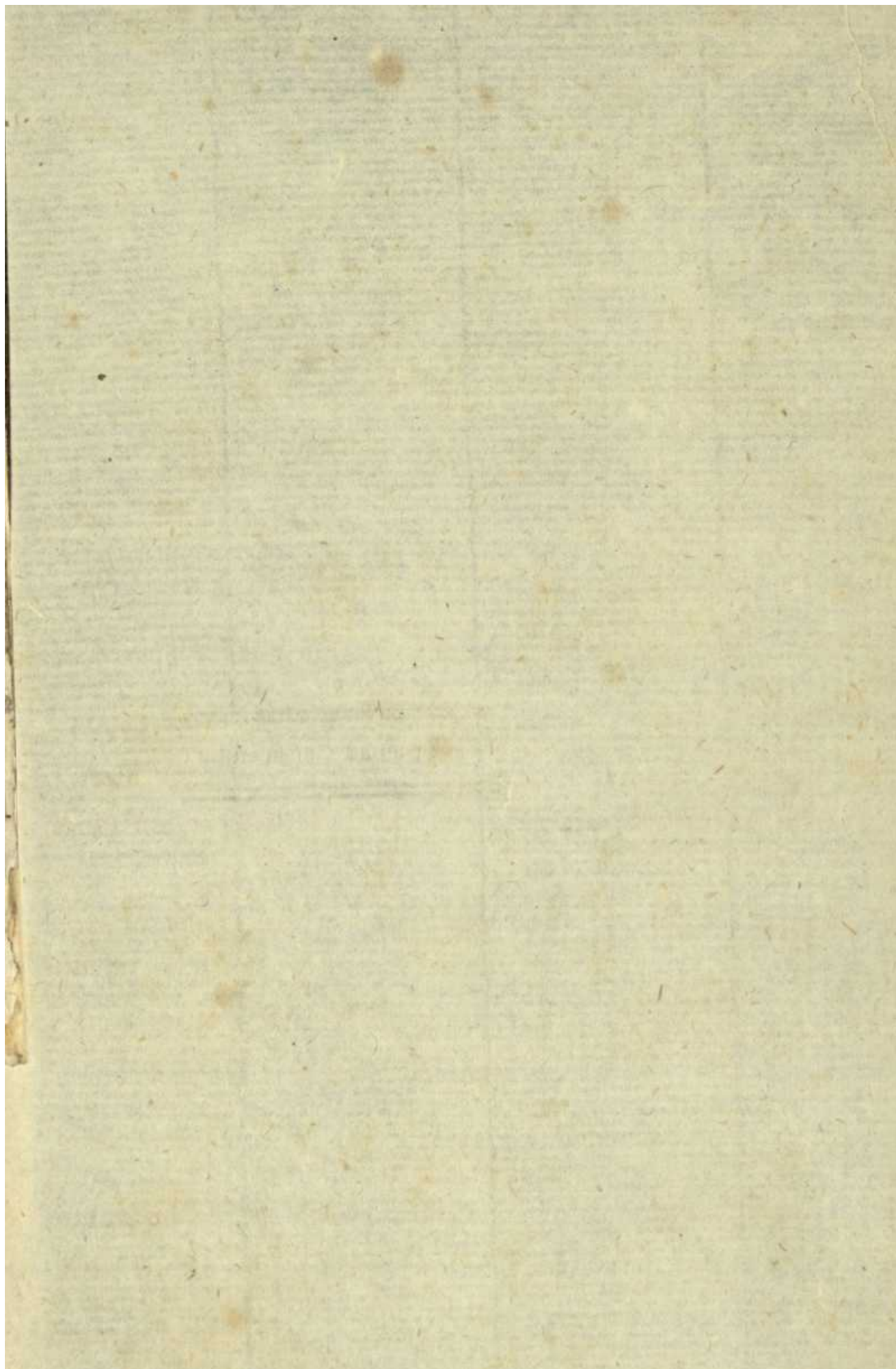
D. R. O. DE ZÁRATE.

VITORIA:

Imprenta Litografia y Librería de Ignacio Egaña.

1848.





Es propiedad de su autor.

JAMAS LOS ROMANOS CONQUISTARON COMPLETAMENTE Á LOS VASCONGADOS; Y NUNCA ESTOS BELICOSOS PUEBLOS FORMARON PARTE INTEGRANTE DEL IMPERIO DE LOS CESARES.

INTRODUCCION.

Mucho se ha escrito sobre si los vascongados fueron ó no conquistados por los romanos, y si este pais, fué ó no, considerado y gobernado por ellos, como otra cualquiera de las provincias que, formaron parte de aquel colosal imperio.

Son pocos los acontecimientos, de alguna importancia, que no den motivo con su exámen á que los hombres se dividan en diferentes opiniones. La diversa inteligencia de un período de un autor, la malicia y mala fé, la envidia, la moda y otras mil causas que no podemos deternernos á referir aquí, han creado las innumerables disputas, cuestiones y vanderias que cam-

pean en las ciencias, la literatura y la historia. No somos nosotros de los que creen que estas disputas son una calamidad, y desean la unidad de pensamiento en el género humano. Al contrario: opinamos que la polémica, la discusión, que solo puede existir donde hay divergencia de opiniones, ha producido siempre inmensos y favorables resultados, estendiendo una luz clara y brillante donde ántes solo reinaban las tinieblas de una creencia ciega y esclava. La polémica ha sido la que ha emancipado el pensamiento, el entendimiento y la razón del hombre, de la autoridad que sobre tan preciosas facultades querían ejercer los déspotas del peor linage, que son los que pretenden dominar y encadenar á la inteligencia humana.

Es tan cierto cuanto acabamos de decir, que en nuestro concepto el mejor modo de llegar á conocer bien un asunto, es el de estudiarlo y examinarlo atentamente, no tan solo en las obras y autores que son de nuestra opinion, sino muy principalmente en los que mas reciamente la combaten sustentando la contraria. Al ménos nosotros en nuestros pobres estudios seguimos este método. Nada leemos con mas gusto y aví-

dez que aquello que ataca nuestras opiniones y creencias. Nosotros sin satisfacernos tan solo con lo que se dice *en pro* de nuestras ideas, rebuscamos cuanto se dice *en contra*; para ver si los que las combaten tienen mas razon que los que las sostienen. Hombres hay, sin embargo, que solo por el título ó nombre del autor condenan una obra sin leerla, y que solo conceden un lugar en los estantes de su biblioteca á los libros que lisongean sus opiniones. Compadezcámonos de semejantes hombres.

Por estas razones hemos leído con gusto las doctrinas que vamos á refutar, doctrinas que ya las conocíamos anteriormente, porque (siguiendo nuestro referido método,) al leer la historia de nuestro pais, habíamos tenido en la una mano las obras que defienden la independendencia vascongada, y en la otra, las que procuran demostrar que nuestros antepasados fueron conquistados por los romanos. La circunstancia especial de ser un periódico que ha adoptado por título el nombre comun á las tres provincias gemelas; (*REVISTA VASCONGADA*) un periódico que se publica en Vitoria; un periódico que se dirige por jóvenes vascongados; un periódico que se anunció al público como el *órgano*

de este pais, el *heraldo* de sus glorias y el *esclarecedor* de su historia; el que ha combatido su independencia; no es tampoco vituperable para nosotros, cuando se hace de buena fé. Los escritores deben ser libres y manifestar francamente sus opiniones, despreciando todo género de consideraciones. El escritor público debe decir lo que siente, ora sea acertado ora erróneo. El público comparará despues sus doctrinas con las que otros escritores sustentan, y se inclinará hácia las que le parezcan mas fundadas.

El periódico á quien aludimos, para responderse á la pregunta, *¿dominaron los romanos en las provincias vascongadas?* ha dividido su trabajo en dos partes. En la primera ha examinado si las provincias vascongadas estuvieron comprendidas en la antigua Cantabria; y en la segunda si los romanos dominaron COMPLETAMENTE en la Cantabria y por consiguiente en el pais vizcaino. Habiendo seguido nuestro cofrade la misma division é igual método que el que, en 1779, habia adoptado D. José Hipólito de Ozaeta y Gallaiztegui en su *Cantabria vindicada*; y aun las mismas razones y opinion en la primera parte; se ha separado de aquel escritor, y uni-

dose á los autores del *Diccionario geográfico é histórico de la Acadèmia* y al canónigo Llorente en la segunda.

Estamos acordes con nuestro colega en que, lo que hoy se llama Vizcaya, Guipúzcoa y Álava; se comprendia en la antigua Cantabria, aunque algunos escritores han sostenido lo contrario; pero no en que, los romanos dominaron **COMPLETAMENTE** en este territorio, y en que, estas tres provincias permanecieron unidas al imperio romano hasta la irrupcion de los bárbaros. Por consecuencia, sin tocar para nada la cuestion llamada *geográfica* hablaremos de la denominada *histórica*, y aunque para tratarla con la estension que quisiéramos sería necesario escribir volúmenes enteros, procuraremos reducirla á los estrechos límites que las cortas dimensiones de nuestro trabajo reclaman.

Para ventilar este punto histórico con el mejor orden que nos sea posible, es indispensable que examinemos.

1.º Si los historiadores reconocen ó no la dominacion romana en todo el pais vascongado.

2.º Si existen ó existieron en estas provincias monumentos públicos y principalmente pueblos

ó ciudades fundadas por los romanos, que comprueben su completa dominacion.

3.º Si los títulos, honores y consideraciones concedidos por los romanos á los cántabros y los servicios prestados por estos á aquellos, eran como de libres y aliados, ó como de subditos á sus conquistadores.

4.º Si los romanos intervinieron en la administracion pública de nuestros antepasados, como lo verificaron en los pueblos conquistados, ó se gobernaron aquellos libremente.

5.º Si los romanos dieron á los vascongados sus leyes, como lo hicieron con todos los pueblos que conquistaban.

6.º Si les dieron igualmente su religion y se erigieron templos á los dioses de los romanos, como en las otras provincias que dominaron.

7.º Si los romanos dejaron huellas de su dominacion en el idioma, trages y costumbres de los vascongados, como sucedió en todos los pueblos que verdaderamente conquistaron.

8.º Si el ser el pais vascongado tan reducido y estrecho y tan estenso y grande el imperio romano, es razon bastante para suponerse que el primero no pudo ménos de ser dominado por

el segundo.

He aquí, los diferentes extremos que pensamos aducir en la disputa que nos ocupa, y que unidos y enlazados todos armónicamente formarán la prueba mas robusta y completa que puede apetecerse para decidir que, *jamas los romanos conquistaron completamente à los vascongados; y que nunca estos belicosos pueblos formaron parte integrante del imperio de los Césares.*

el segundo. Los aqui, los diferentes estratos que pue-
 mos ubicar en la disputa que nos ocupa, y que u-
 nidos y enlazados todos armónicamente forman
 la prueba mas robusta y completa que puede ad-
 lecerse para decidir que, jamas, los romanos con-
 quisaron completamente á los vascongados; y que
 nunca estos belicosos pueblos formaron parte in-
 tegral del imperio de los Césares.

Señalaron en los pueblos conquistados á los romanos
 aquellas liberdades.

Si los romanos dieron á los vascongados sus
 leyes, como lo hicieron con todos los pueblos que
 conquistaban.

Si les dieron su religión y se ar-
 rancaron los templos de los dioses de los romanos, co-
 mo lo hicieron con todos los pueblos que conquistaban.

Si los romanos dejaron brotar de su
 mano el idioma, trajes y costumbres de los
 vascongados, como sucedió con todos los pueblos
 que verdaderamente conquistaron.

Si al ser el país vascongado un reino
 estrecho y aislado, y estando en su mano, y
 en su poder, para verse que el
 primer no pudo ser su dominado por

CAPÍTULO 1.º

Si los historiadores reconocen ó no la dominacion romana en todo el pais vascongado.

Seccion 1.ª

Historiadores:—Alianzas de los Cántabros con los Cartagineses y Romanos.

§ I.

Historiadores.

La historia es indudablemente el gran faro que ilumina los siglos que pasaron y hace que distingamos y examinemos á su luz los objetos , los hombres y las instituciones que dejaron de

existir. Para que este exámen sea útil y produzca por resultado el conocimiento de la verdad es indispensable, que la historia sea imparcial, verídica y filosófica, pues de lo contrario en lugar de mostrarnos su brillante luz las cosas como pasaron y en sus naturales dimensiones, se convierte en una especie de *fantasmagoría*, donde entre densas tinieblas todo toma formas fantásticas y falsas y nada se presenta tal como fué. Desgraciadamente lo que se llama Historia no es muchas veces mas que una *fantasmagoría*, en la cual describen sus autores las instituciones y acontecimientos del mundo, no como fueron, sino como á su ambición, envidia y vanidad conviene hacer creer que eran. Los historiadores romanos al hablar de sus enemigos los cántabros, que tantas veces humillaron al pie de sus escarpados montes las orgullosas águilas del pueblo rey, incurrieron en tan grave falta.

Poca fe merecen las relaciones con que aquellos historiadores describen las guerras de los cántabros, porque adolecen de grande parcialidad é inclinacion hácia sus paisanos y de marcado encono y desprecio hácia los vizcainos.

Imposible es, que los historiadores de Roma, que escribían sus obras para lisongear á los conquistadores del mundo y sin mas datos que los partes y noticias que los gefes de sus legiones dirigian á los cónsules, á los emperadores y al senado, hicieran justicia á los cántabros. La historia de aquellos tiempos es tan imperfecta y falsa, como seria la de la guerra que terminó en los campos de Vergara, si solo se escribiese teniendo á la vista la *gaceta* de Oñate ó la de Madrid. En el primer caso apareceria el bando carlista siempre victorioso, y el de la reina siempre derrotado y vencido; y en el segundo todo lo contrario. Pues si en estos tiempos tan civilizados y en los que hay una prensa que denuncia al público todas las inesactitudes de los partes oficiales; han faltado á la verdad los militares y demas autoridades de uno y otro partido tan escandalosamente; ¿que no sucederia en los partes que daban los romanos en sus guerras con los cántabros? Si en una guerra que ha tenido su teatro dentro de nuestro mismo pais y á la vista de todos los españoles y de los gobiernos de la Reina y de D. Carlos, que oían desde las córtes de Oñate y de Madrid el es-

tampido del cañon y el tumulto de los combates, mentian tanto y tanto los guerreros en sus comunicaciones, y pintaban con tanta exageracion y tan negros colores á sus contrarios; ¿que no harian los caudillos romanos encargados de conquistar á los cántabros, en los partes que enviaban á una ciudad y á un gobierno que tanto distaban del campo donde se verificaba la lucha; y que ni siquiera en un mapa habian visto?

Lo mismo sucedería si se escribiera en París la historia de la actual guerra de Argel por solo los partes de los gefes militares que tiene allí la Francia. Los periódicos españoles han copiado hace pocos dias un párrafo del *Correo frances* que comprueba esta verdad, pues dice; «que ha sumado el número de árabes que han matado los soldados franceses en Argelia, segun los *partes oficiales* del *Monitor*, del cual resulta que son mas de los que pueden nacer en aquel pais durante cuarenta años; que se les ha cogido caballos que bastarian para remontar toda la caballería europea; que han pagado la contribucion del *aman muchas mas tribus de las que hay sometidas*; y por último que se ha apoderado el ejército cada año de mas cabezas de ganado va-

cuno y lanar que las que podria consumir un ejército de 10 millones de soldados.» Lo que dicen hoy los franceses de los argelinos, digeron los romanos de los cántabros.

Estas despreciables historias, son sin embargo, las únicas que existen de las guerras cantábricas, y por ellas han juzgado á los vascongados los historiadores modernos. En aquellos remotos siglos los cántabros estaban en la infancia de la civilizacion y carecian de historiadores propios, que transmitieran á las generaciones venideras sus heroicas acciones, su indomable valor, su odio á los extranjeros y amor á la patria y libertad y sus innumerables combates y victorias. Las naciones en semejante estado no tienen mas historia que la tradicion y los cantos populares, se transmiten de padres á hijos.

Entre nosotros se conservan algunos himnos que demuestran cuan inútilmente se empeñaron los romanos en conquistar este pais, y la tradicion confirma lo que revelan los himnos. Pero como los que combaten la independendencia del pais vascongado rechazan cuantos racionamientos se saquen de estas fuentes, y aunque nosotros pudiéramos rechazar con mas motivo los asertos de

los historiadores romanos, no tenemos ningun inconveniente en batirnos con armas tan desiguales, con las únicas que la intolerancia de nuestros enemigos pone en nuestras manos. Nuestra posicion no puede ser mas desventajosa, ni tampoco mas favorable la de los contrarios. Al admitir nosotros esta lucha nos parece estar viendo un guerrero que resguardado con fuerte armadura de acero y empuñando larga espada combate contra un hombre desnudo y que solo se defiende á puñetazos. El duelo no puede ser mas desigual. Para vencer es necesario arrancar al enemigo la espada de sus manos y acabarlo despues con sus propias armas. Lo mismo nos sucede á nosotros. Para demostrar la independencia de los vascongados arrancaremos las pruebas á sus enemigos, á los historiadores romanos. La lucha es desigual y terrible, pero esto no obstante, esperamos salir triunfantes.

§ II.

Alianzas de los cántabros con los cartagineses y romanos.

—
La confederacion cantábrica se estendia en

tiempo de los romanos, segun un escritor frances del siglo XVIII, «desde Jaca en Aragon hasta Calahorra, desde esta última ciudad se prolongaba hasta el reino actual de Leon, despues atravesando las Asturias, abrazaba todas las costas del Océano hasta Fuenterrabía; y finalmente, por la cumbre de los Pirineos volvia de esta ciudad á la de Jáca.» Con estas pocas líneas comprenderán mejor nuestros lectores cual es el territorio donde pasan las escenas que vamos á referir, que si formáramos uno ó dos capítulos enteros, enjaretando textos en latin, frances y castellano de los geógrafos é historiadores, que tanto han embrollado este punto. Ademias tenemos ya manifestado que no queremos abarcar en el presente trabajo la cuestion *geográfica* sino solamente la *histórica*.

Los pueblos de que se componia esta confederacion eran todos Iberos y tenian por consiguiente el mismo idioma, las mismas costumbres y los mismos deseos de poner un dique á los progresos que, los estrangeros que invadieron la España, hacian por todas sus provincias. Los autores que hacen mencion de esta liga y de los pueblos que la constituian son Plinio l. 4,

c. 20; Luitprondo de advers. n. 253; Strabon l. 3; Ptolómeo l. 2; y Pomponio Mela l. 3.

Cuando los celtas, los fenicios, los cartagineses y otras gentes extranjeras invadieron la España, muchos de los españoles que habitaban los territorios que aquellos ocuparon, prefirieron abandonar sus casas y retirarse á los libres y hospitalarios montes de la cantabria, ántes que vivir sugetos al yugo de los forasteros. Estas emigraciones aumentaron estraordinariamente la poblacion, el poder y fuerza de los cántabros. Conociendo los cartagineses el valor de aquellos pueblos y que les era imposible dominarlos por las armas, cuando sus rivalidades con los romanos les llamaban toda su atencion y distraian sus recursos; pensaron en captarse la amistad de los cántabros celebrando con ellos tratados de paz. A Anibal no se le ocultó el gran partido que podia sacarse de la amistad de aquellos beliciosos pueblos, por lo que les invitó para que le siguieran en su famosa expedicion á Italia contra los romanos. Aceptaron gustosos los cántabros la invitacion del caudillo de los cartagineses y, marchando al frente de sus egércitos, fueron las tropas que mas se distinguieron en aquella célebre

campana. (Silio Italico, l. 3; Polibio l. 3.)

Conociendo los romanos cuanto daño les causaba la alianza de los cántabros con los cartagineses, hicieron los mayores esfuerzos para romperla. Convencidos de que nada inflamaba tanto el entusiasmo de los cántabros como su amor á la libertad y á su patria; alhagóles Scipion estas pasiones, pintando á los cartagineses como á los enemigos y dominadores de España y á los romanos como sus amigos y libertadores, y consiguió su alianza y el que abandonasen las banderas de Anibal.

No se equivocó Scipion en sus cálculos. Con la falta del auxilio de los cántabros, debilitado el ejército cartagines, fué vencido y los romanos acabaron con el poder de su temible rival en Europa y en Africa. (Tito-Libio Dec. 3. l. 4 y 5.)

La alianza de los romanos era, empero, dolosa, y aunque los cántabros la creyeron al principio franca y noble, conocieron por fin que habian sido engañados y que solo habian servido de instrumento para vencer á los cartagineses. Habiendo los romanos concluido con el poder de Cartago, trataron de conquistar á los cántabros. La ingratiud y la falsía han sido siempre

las prendas características de todos los conquistadores. Abrieron por fin los ojos los cántabros y se dispusieron á defender su libertad é independencia con la bravura y arrojo que les eran naturales. He aquí el origen de las guerras que referiremos en la seccion siguiente.

Seccion 2.^a

—

Guerras de los cántabros y romanos.

§ I.

Sempronio Graccho y Lucio Lúculo.

—

Conocieron los cántabros que la amistad de los romanos era dolosa y falsa, y que se preparaban, como queda dicho en la seccion anterior, á conquistarlos traidoramente; por lo que se dispusieron ellos á defender su patria y libertad.

Para que la actitud de los cántabros fuera mas imponente, se coligaron con los celtiveros. Dice Polibio que Sempronio Graccho, que fué nombrado pretor el año 180 ántes de J. C.,

se apoderó en esta guerra de 300 ciudades en la Celtiveria. Floro rebajó este número á 150 y Tito-Libio á 103. Esto no obstante, Strabon tuvo por inesactas y exageradas semejantes relaciones.

Nada perdieron los cántabros en está guerra que duro 10 años, pero si los celtiveros sus aliados, pues aunque indudablemente es falso que perdieron tantas ciudades como soñaron los escritores romanos ya citados, no somos tan fanáticos que no reconozcamos que perdieron algunas. Es, empero, absolutamente falso, que los cántabros fueron conquistados por Graccho, ni Lúcio Lúculo cómo dice un historiador romano. (Floro, epist. 48.)

La ignorancia de Floro en este punto se descubre con solo leer la marcha que supone hizo Lúculo, pues ni conocía los nombres ni la posicion de los lugares que refiere. Afortunadamente fué mas esacto y verídico su contemporaneo Appiano; no solamente porque estaba mas instruido en la geografia de este pais, sino tambien porque se dedicó esclusivamente á relatar las guerras de España. Este dice que Lúculo caminó de la Bética al pais de los Vaceos pasando por

el Tajo, y de la Ciudad de Palencia volvió otra vez á la Bética. (Appiano de bellis hisp.) Es pues, un absurdo el suponer que al volver el consul Lúculo desde Palencia á la Bética siguió la ruta de Cantabria. Esto equivale á decir que al pasar por el camino de Palencia para Granada hay que cruzar por Vitoria. Los enemigos del pais vascongado deben estar ciegos para optar entre estos dos escritores romanos, por el mas desautorizado y despreciable.

§ II.

Viriato y Numancia.

Como los cántabros conservaron la libertad é independencia en todo su territorio, pero no los celtiveros sus aliados, en las guerras con Graccho y Lúculo; viéronse aquellos colocados en situacion muy crítica, porque los romanos se fijaron en sus mismas puertas amenazando mas de cerca su codiciada conquista. El orgullo de sus contrarios era tan estremado que abusando de las últimas victorias cometieron las cruelda-

des mas inauditas. (Appiano de Iberia p. 272 p. 512.)

Los cántabros no desmayaron por eso en sus proyectos. Irritados con semejantes demasias no perdonaron medio alguno para combatir y refrenar la audacia de los romanos. El resto de los españoles miraba tambien con igual disgusto la vil conducta de los que, fingiéndose amigos y aliados, les querian amarrar al carro conquistador del pueblo rey. La traicion de que el pretor Sergio Sulpicio Galva se valió para aniquilar alevosamente un egército de 30 mil españoles, hizo subir hasta el último grado la exasperacion de los pueblos. En semejantes ocasiones nunca falta un patriota hijo del pueblo, atrevído y valiente, que levante la bandera de santa insurreccion contra la tiranía. Viriato fué el que tuvo la gloria de ser entónces el genio de la libertad española, y alzándose valeroso con la ayuda de algunos pocos contra los romanos, hácia el año de 148 ántes de J. C., reunió en breve numerosas tropas con las que derrotó en diferentes encuentros las mejores legiones romanas, y llenó de terror al senado. Los cántabros contemplaron llenos de gozo este alzamiento patriótico y se

unieron al intrépido Viriato para ayudarle en tan liberal empresa. Mas los romanos que huían cobardemente delante de Viriato, y que celebraron con él tratados de paz á los cuales faltaron escandalosamente, lograron que aquel célebre campeón de la libertad española fuera villana y traidoramente asesinado el año 137 ántes de J. C., cuando descansaba tranquilamente en su lecho. (Diodoro de Sicilia, l. 1.)

Con la muerte de Viriato creyeron los romanos que habia bajado á la tumba la independencia española; por lo que declararon la guerra á Numancia, ciudad situada á las inmediaciones de Soria. Los cántabros, decididos amigos y aliados de todos los pueblos libres, tomaron una parte activa en las guerras de Numancia, socorriéndola y auxiliándola con la mayor lealtad y en grave daño de los romanos. (Diodoro de Sicilia, l. 1.) Cuatro fueron las guerras de los numantinos y romanos. En las tres primeras triunfaron completamente los españoles con mengua y baldon de sus enemigos; y en la cuarta *prefirieron ser ántes quemados que vencidos*. Scipion el africano nieto de otro de igual nombre fué el que tuvo la triste gloria de apoderarse el

año 130 ántes de J. C., despues de 14 años de guerra y un largo cerco, de una ciudad que encontró llena de cadáveres: de un verdadero cementerio.

§ III.

Sertoriò y Pompeyo.

Desde la toma de Numancia no emprendieron los romanos ninguna espedicion militar en España en los 40 primeros años. El trascurso de casi medio siglo no habia bastado para acostumar á los españoles vencidos al duro yugo de la servidumbre estrangera, ni á los libres á contemplar sin repugnancia la desgraciada suerte de sus hermanos. Unos y otros deseaban acabar con su comun enemigo.

Por aquel tiempo era Sila el tirano de la república romana y suspicaz y receloso, como todos los tiranos, solo creia poder consolidar su mando persiguiendo, desterrando y esterminando á los que no fueran sus parciales. Quinto Sertorio pertenecia al opuesto bando y fué uno de los proscritos. Conociendo aquel el estado y opinion

pública de España y el odio que aquí se tenía á los romanos, se vino á esta península, con algunos amigos, con el objeto de hacer que los españoles se pronunciáran contra sus gobernantes.

Para realizar Sertorio su proyecto, aparentó compadecerse de la suerte dura de los españoles dominados por los romanos, ofreciéndoles sus servicios contra los que llamaba tiranos. Los pueblos, que siempre acogen con entusiasmo en tales casos á los que les brindan con su amada patria y libertad, creyeron las promesas de Sertorio y le proclamaron su gefe. Siguiendo siempre los cántabros el sistema de unirse á los que se declaraban defensores de la independencia y enemigos de los dominadores, abrazaron en esta ocasion el partido de Sertorio y formando parte de sus egércitos se batieron con el denuedo y bizarria de costumbre, en los 15 años que duró la lucha. (Plutarco de Sertorio.)

Sertorio dirigió sus gentes con tal prudencia y valor que fatigando primero á los romanos por medio de escaramuzas y guerrillas, los venció despues cien y cien veces en batallas campales. Metelo y el *grande* Pompeyo eran los gefes de los egércitos de Sila y convencidos to-

dos de que los españoles saldrian al fin victoriosos en una guerra noble y leal, llevaron al campo de Sertorio la seduccion y la traicion, hasta el extremo de comprar á su lugarteniente Perpenna, el que asesinó á puñaladas á su gefe en un convite que vilmente le preparó en la ciudad de Huesca el año 70 ántes de J. C. El traidor Perpenna quiso ponerse al frente del egército español; pero fué derrotado y muerto por los romanos.

Disuelto el egército de Sertorio, los pueblos que habían seguido la causa de aquel, reconocieron á Pompeyo, á escepcion de los cántabros. La fidelidad y constancia cantábricas quedaron bien acreditadas, en la obstinada resistencia que la ciudad de Calahorra opuso siempre á Pompeyo, el cual triunfó por fin de ella y la redujo à escombros. Tambien por esta vez salvaron los vascongados su libertad retirándose á sus montañas. Nosotros que francamente hemos confesado que Pompeyo sujetó no solo al resto de España, sino tambien á alguna parte de la cantábrica, pues á esta region pertenecian Calahorra y Pamplona, sostenemos con igual franqueza y sinceridad que el grueso de los cantabros se salvó del co-

mun naufragio y conservó su independencia. Los escritores romanos rebelan esta verdad cuando relatan las expediciones de Pompeyo contra el pais vascongado, pues solo dicen, que despues de tomar á Calahorra, fortificó á Pamplona ó Iruña, llevó á la otra parte de los piri-neos una mezcla de Vetones, Arevacos y Celti-veros, (ninguno de estos pueblos era vascongado), y formó con ellos una colonia con el nombre de *Convenæ*, que se trasformó mas tarde en el de *Comminges*. (Plutarco de Sertorio. Strabon l. 3. Plinio l. 3. Padilla l. 1.º y Zurita l. 1.º)

§ IV.

Pompeyo, sus hijos y Julio Cesar.

Hácia el año 46 ántes de J. C. se creó en Roma el triunvirato de Craso, Cesar y Pompeyo, y estos tres ambiciosos se distribuyeron temporalmente los inmensos estados de aquella república. Cupo á Pompeyo el gobierno de España; á Cesar el de las Galias y la Germania; y á

Craso el de la Siria con los países confinantes. Por aquel tiempo sostuvieron los gaulos una guerra contra los romanos. Craso uno de los gefes que militaban á las órdenes de Cesar, se acercaba con sus tropas á la parte de la Aquitania inmediata á los pirineos. Grande era el conflicto de los aquitanos, por lo que los vascongados aliados y amigos como siempre de cuantos pueblos defendian su independendencia marcharon en su socorro. Empero, los valientes aquitanos, aun reforzados por los vascongados, fueron vencidos. A pesar de estas victorias no puede sostenerse, como lo hacen algunos, que los romanos penetraron entónces hasta el país vascongado. El mismo Cesar que describe minuciosamente aquellos triunfos y todas sus expediciones, nada dice que compruebe tan aventurado aserto; y el testimonio de Cesar no puede ser recusado por nuestros contrarios. (Cesar de Bell. Gal. l. 3.)

La república romana tocaba el borde del sepulcro. A los seis años de haberse instalado el célebre triunvirato que dejamos indicado las rivalidades entre Cesar y Pompeyo, fueron causa de que espirase entre los horrores de una guerra civil la libertad de Roma, erigiéndose sobre

su tumba el trono de Julio Cesar. La España se declaró por Pompeyo, y los vascongados siguiendo su invariable divisa de hacer la guerra á Roma en todas partes, se unieron tambien á los demas españoles, y se hicieron notables por su bizarría y denuedo, principalmente en la batalla de Farsalia. (Cesar, de bell. civ. l. 1 y 3.)

Muerto Pompeyo á quien degolló inhumanamente el rey Ptolomeo cuando se acogió á las orillas del Nilo vencido y fugitivo buscando hospitalidad; sus hijos se retiraron á España, donde su desgraciado padre tenia tantos partidarios. La presencia de los hijos de Pompeyo renovó la mal apagada llama de la guerra contra Cesar.

§ V.

Augusto.

Julio Cesar disfrutó muy corto plazo de los encantos del mando. Exaltado con su dominacion el entusiasmo republicano, mataronle á puñaladas en el senado los célebres Bruto y Casio el año 44.

antes de J. C. Sucedióle empero, á Cesar, su sobrino Octabio á quien mas tarde dieron los aduladores el nombre de Augusto y con este le conoce hoy la historia. En la nueva division que del imperio romano ejecutaron Marco Antonio y Augusto, reservóse éste para sí la siempre codiciada España. Yacia este pais en una paz profunda á escepcion de los pueblos inmediatos á los pirineos, habitados por los asturianos y cántabros independientes de los romanos; los cuales no satisfechos con la libertad de que gozaban siguiendo sus instintos belicosos, hacian expediciones y correrías sobre los pueblos fronterizos con el objeto de molestar á los romanos y escitar a los naturales á alzarse contra sus dominadores proclamando la libertad. Las fuerzas militares de Roma que ocupaban las fronteras de la Cantabria no fueron suficientes para contener semejantes irrupciones. Debian ser estas de muy grande importancia y de transcendentalísimas consecuencias, cuando Augusto dispuso una formidable expedicion contra los cántabros y los creyó dignos de ser combatidos y exterminados por el mismo. (Floro l. 4. Orosio l. 6.)

El aparato militar que en aquella campaña

desplegó Augusto manifiesta cuan extraordinaria era la bravura y pujanza de los cántabros. Nada ménos que tres egércitos combinados acometieron á aquellos por tierra y una fuerte escuadra bloqueaba por la mar al mismo tiempo todas sus costas. Los cántabros sostuvieron con denuedo un ataque tan general como fuerte y terrible, pero como escritores francos y veraces no podemos ménos de confesar que, aunque lucharon como leones, sufrieron grandes descalabros y tuvieron que replegarse en lo mas escabroso de sus inconquistables montañas. Mas imparciales y concienzudos que nuestros rivales, no negaremos jamás los hechos que aparecen como verdaderos á la luz de la historia y de la crítica, aunque sean contrarios al pais vascongado y favorables á los romanos. Ante las aras de la verdad no dudamos nunca en sacrificar nuestro patriotismo. Por eso decimos que, los cántabros sufrieron descalabros en la guerra con Augusto y sus generales Antistio, Firnio y Agrippa; y tambien que las legiones romanas pisaron territorios hasta entónces no hollados jamas por pies estrangeros. Reconocemos que los egércitos de Augusto llegaron á las llanuras de Alava; al

monte *Vinium* (Ernio) en Guípuzcoa; al monte *Arracillum* (Arrazola) en Vizcaya; al Lancia en Asturias; y al monte (*Medullium*, (Cabeza de Meda) sobre cuya situacion varian las opiniones de los historiadores y geógrafos. (Floro. l. 4. Orosio l. 6)

Las derrotas que sufrían los cántabros lejos de amilanarlos y humillarlos, les ponían furiosos y frenéticos y les hacían luchar con una desesperacion que aturdió á sus mismos enemigos los romanos. Cuéntannos los historiadores que los cántabros preferían morir en medio de los mas crueles tormentos cantando himnos á la libertad de su patria, que no sugetarse al yugo afrentoso de la conquista, y que Augusto al ver tanta heroicidad, (que él con los suyos llamaban barbarie) trataba mas bien de aniquilárlos que de sugetarlos. Cinco años duró esta sangrienta lucha, que comenzó el 37 antes de J. C., y en ella perdieron su libertad los pueblos de Asturias y Galicia y tambien gran parte de los Pesicos, Vardulos y Autrigones, que eran tres regiones de las siete de que constaba la confederacion Cantábrica. (Plutarco, vida de Augusto: Estrabon l. 3. Orosio l. 6. c. 21.)

La expedicion de Augusto, con sus gefes

Antistio, Firnio y Agrippa, que fué sin duda la mas funesta que jamás se verificó contra los cántabros, no bastó para someterlos completamente al imperio romano, segun queda demostrado. Esta guerra conocida por el nombre de *cantábrica* hizo grande estruendo en su época y los poetas cantaron á Augusto como al conquistador de los cántabros. Nada de extraño tiene para nosotros el que los poetas que adulaban á Augusto exageráran las cosas hasta tal punto, porque al fin la poesia se alimenta de ilusiones y el bardo cuando canta á un heroe dá á las cosas mas pequeñas formas colosales é inmensas. Lo que si encontramos vitupeable es, que Floro y los que despues han seguido su opinion, se dejasen fascinar por tan exageradas alabanzas y se empeñen en hacerlas pasar como verdades históricas, diciendo que Augusto conquistó á los cántabros completamente, que los hizo bajar de sus montañas, que tomó unos en reenes, vendió otros como esclavos, y que dejando todo en paz se volvió á Roma. Floro cometió la torpeza de llamar cántabros á pueblos que no lo eran, y de escribir la historia con tanta inverosimilitud y falta de verdad, como lo reconocieron los

autores antiguos. (Silian. an. 4028; n. 6.)

Multitud de hechos indubitables revelan la falsedad de la relacion de Floro. 1.º: Augusto fortificó las plazas fronterizas á la Cantabria. 2.º Augusto cuando volvió á Roma no admitió el triunfo de costumbre entre los conquistadores de aquella nacion, no por modestia como supone Floro, sino porque no creia acabada la guerra cantábrica. 3.º Las autoridades militares y civiles que se hallaban en las fronteras de la Cantabria, no recibian sus órdenes del senado como las demas de España, sino directamente de Augusto. Todos estos hechos y precauciones escepcionales, prueban que los cántabros se hallaban muy léjos de ser completamente subyugados. (Dion, l. 53. Tácito, anal. l. 4. Libsio. de magn. roman. c. 4. Suetonio, vida de Augusto.)

Es tambien digno de notarse que Floro escribió dos siglos despues de los sucesos, y que Strabon autor contemporáneo tan solo dice que los vascongados fueron *vencidos* por Augusto. (Strabon libro 17).

Nuestros lectores conocen la diferencia que hay entre *vencer* y *conquistar* ó *subyugar*. Esto

se hará más palpable con dos ejemplos. Vinieron los ejércitos de Napoleon á España y se apoderaron de casi todas las poblaciones mas importantes, y vencieron al principio en diferentes encuentros á los españoles leales que se alzaron contra la usurpacion. ¿Dice, por esto, hoy nadie, que Napoleon y los franceses conquistaron la España? No. Vinieron en el año de 1833 las tropas de la reina sobre las provincias vascongadas, que se habian pronunciado por D. Carlos; vencieron en algunos encuentros á los carlistas; y se apoderaron de Vitoria, Bilbao y otras poblaciones importantes, donde fijaron sus guarniciones. ¿Dice por esto nadie que con la entrada del general Sarriel se terminó la guerra que duró despues siete años? No. ¿Pues como quiere sostenerse que Augusto que solo pisó con sus tropas por algunos dias nuestro territorio conquistó completamente á los vascongados?

Venció efectivamente á los cántabros en los llanos, les hizo algunos prisioneros que pudo matar, vender como esclavos ó llevarse á Roma, como dice Floro, pero no por esto conquistó todo el pais. Tambien los franceses vencian á los españoles en los llanos, les cogian á veces

prisioneros, y fusilábanlos ó los llevaban á Francia y nunca conquistaron la España. Tambien el general Sarriel venció á los carlistas en Peñacerrada, cogióles algunos prisioneros que fusiló y puso en libertad ó pudo enviar al interior del reino; y no por eso se concluyó la guerra.

La Academia de la historia en su *Diccionario geográfico-histórico* supone que la guerra *cantábrica* no se hizo contra las tres provincias vascongadas sino á su favor reduciéndola á las montañas de Santander. El ser conocidas estas tres provincias con un nombre general y comun, ademas de los suyos particulares ha dado ocasion á estas disputas y opiniones. Quizas llegue un dia en que se niegue tambien á las provincias vascongadas el haber sostenido todas y juntas la guerra que terminó en Vergara. Los escritores contemporaneos dán á aquella lucha el título de *guerra de Vizcaya* unas veces y otras el de *guerra de Navarra*. Ninguno la llama empero, de Alava ó de Guipúzcoa. Aca-so suceda por esto con el trascurso de los siglos que algunos crean que la guerra civil solo ardía en los campos de Vizcaya y de Navarra y no en los de Guipúzcoa y Alava.

Aun cuando fuera cierto lo que dice la Academia, no se justificaria nunca la dominacion de este pais, ántes al contrario se comprobaria su completa libertad, y mas si se añaden las palabras testuales de los académicos, que son. « De donde se infiere que las tres provincias vascongadas estaban confederadas con los romanos, NO CONSTANDO QUE ANTERIORMENTE Á LA GUERRA CANTÁBRICA HUBIESEN SIDO CONQUISTADAS Á FUERZA Y RIGOR DE ARMAS, HABIÉNDOSE SIN DUDA CONTENTADO CON TENERLAS POR PUEBLOS AMIGOS Y CON QUE NO FUESEN MOLESTADOS POR ELLOS » Se empeñan, sin embargo de tan esplicita confesion, los académicos, en que el pais vascongado fué gobernado por los romanos, fundados en los vestigios de la vía militar y otras antigüedades, de que nos ocuparemos en los capítulos correspondientes.

Los historiadores romanos dicen por último, que apenas volvió Augusto á Roma se renovó la guerra por los cántabros, que los que habian sido reducidos á esclavitud regresaron á su pais llevando el terror, la desolacion y la muerte por vanguardia; que Agrippa para reanimar el abatido espíritu de sus tropas tuvo que degradar igno-

miniosamente por su cobardia á legiones enteras; y que Corocota encontró asilo seguro en este pais cuando su enemigo Augusto lo persiguió con tal escarnizamiento que ofreció un grande premio al que le presentaba su cabeza. Para que sucediera todo esto es indispensable confesar que los vascongados no fueron completamente dominados en tiempo de Augusto, y que efectivamente sucedió todo cuanto queda mencionado, se comprueba por el testimonio de diferentes autores. (Euseb. Olimp. 190. Dion. l. 53 y 56. Veleio Paterg. l. último.)

§. VI.

Tiberio y los demas emperadores hasta la irrupcion de los bárbaros del norte.

Espiró Augusto en la ciudad de Nola en la Campania el año 14 de la era corriente ó sea de N. S. Jesu-Cristo, y le sucedió en el trono su hijastro Tiberio. El inmenso y fuerte imperio romano que habia llegado al mas alto grado de engrandecimiento durante el reinado de Augus-

to se sintió herido de muerte cuando aquel bajó á la tumba. El fallecimiento de Augusto y la aparicion del cristianismo fijan la época del decaimiento de la orgullosa Roma y el origen de la grande y santa revolucion religiosa, política y social, que sobre las ruinas del imperio de los Césares está egecutando el género humano. La division del imperio romano en dos fracciones; las discordias politicas y religiosas; la inmoralidad; el lujo; la molice y las guerras de los pueblos fronterizos debilitaron aceleradamente al pueblo rey y labraron su ruina con grande priesa.

Si los romanos, no pudieron conquistar á los vascongados en sus dias de gloria y de poder, cualquiera conocerá que ni aun pensarian en tal cosa, en los amargos momentos de su decadencia y desgracia. Por esta razon sin duda los que niegan su independendencia á los vizcainos, suponen que desde el reinado de Augusto vivieron siempre en paz y sumisos al dominio de sus conquistadores. Esto es hasta inverosimil. ¿Como los bravos vascongados que lucharon contra los romanos en los tiempos mas difíciles, habian de permanecer sumisos cuando la debilidad de

los contrarios les convidaba á recobrar su libertad aun suponiendo (lo que no reconocemos) que momentaneamente hubieran sido subyugados?

En vano han querido nuestros rivales hacer creer la sumision de todos los cántabros, apoyados en algunos textos de los escritores romanos, pues los textos que se citan prueban manifestamente lo contrario. Nosotros, huyendo con singular cuidado de las opiniones extremas, porque creemos que ambas son inadmisibles, ni decimos que nada conquistaron los romanos en la Cantábria, ni tampoco, que lo conquistaron todo. Nosotros creemos que, juzgando con imparcialidad, nos revela la historia, que parte de la Cantábria fué conquistada y parte quedó libre; y que tomándose la parte por el todo se han defendido opiniones tan opuestas, y dándose origen á la cuestion que hoy nos ocupa. Efectivamente, un autor que fué contemporaneo de Tiberio nos dice que este consiguió no solo contener las irrupciones de los cántabros, sino tambien el *pacificar y civilizar* Á ALGUNOS (*quosdam*) de aquellos pueblos; que los cántabros que no gozaban de la paz y comercio de los romanos eran intratables é inhumanos; que este pais era inac-

cesible á los estrangeros; y que en su tiempo unos cántabros continuaban sus robos y otros que son los que habitaban hácia el origen del Ebro servian con los romanos contra aquellos. (Strabon l, 3.)

Todo cuanto dice Strabon sobre este punto, es claro y sencillo, si se examina con imparcialidad y buena fé. El afirmar que fueron ALGUNOS (*quosdam*) los cántabros pacificados y civilizados demuestra que no lo fueron todos sino una pequeña parte; y el que unos cántabros sirvieran contra los otros corrobora esta verdad. Tambien en la guerra de la independencia servian algunos españoles á los franceses contra su patria. Tambien en la última guerra civil defendimos algunos vascongados la causá de la reina y otros la de D. Carlos; y dentro de las provincias vascongadas habia batallones y divisiones de castellanos, aunque aquellas provincias eran regidas por las autoridades de D.^a Isabel II.

Quede pues, sentado, que ni aun Tiberio conquistó completamente la Cantábria.

Ya hemos dicho que con la muerte de Augusto se inauguró la decadencia de Roma, y que en lugar de estender en adelante sus conquistas